

Francois Chevalier, *América Latina. De la independencia a nuestros días*, México, F. C. E., 2000. 777 pp.

Sin duda, se trata de un libro muy importante, cuyo autor debe estar entre los más grandes historiadores franceses aplicados al estudio de nuestro mundo. Esta obra está en la línea de los escritos según temáticas por Pierre Chaunu (*L'Amérique et les Amériques*, de 1964), a quien le hace un reconocimiento y una crítica, y por Fradérique Mauro (*L'Amérique espagnole et portugaise de 1920 a nos jours*, 1975). Es decir, en la de aquella historiografía francesa sobre América (latina) que hace gala de información (sí bibliográfica, casi exhaustiva) y de interpretación. Claro, no de investigación monográfica, pues se trata de todo un continente hispano-luso americano.

Pero, también es un libro muy especial, ya que su autor conoció y vivió largos años en nuestro mundo. Y por lo tanto, mucho de lo que escribe es algo sabido y sentido (o sea, estimado y apreciado, ignoro si profunda y cordialmente).

Pero vayamos a mi comentario. Creo que absolutiza su interpretación acerca de las ideas de la Revolución Francesa en los hombres y en las estructuras políticas americanas, (ejemplo p. 476; escribe: los principios de la revolución francesa “conquistaron a todo el mundo hispánico en América”). O sea, que no concede suficiente importancia al tamiz español por el que pasaron esas ideas. Dicha de otra manera: su visión sobre la República en América es un poco estrecha o esquemática por hacerla depender directamente de la ilustración francesa sin tomar en cuenta el ingrediente español y católico en lo político, institucional e ideológico, lo cual, si reconocido, ayudaría a explicar muchas situaciones y cosas, desde los conceptos políticos de los Libertadores –que no casaban con esas ideas– hasta la organización nacional de los países, como, por ejemplo, hizo acertadamente el gran americanista español Demetrio Ramos Pérez en un artículo que Chevalier cita pero no sigue (como hace con otros).

Por ello se le podría aplicar al autor lo que él dice del libro de John Lynch sobre los caudillos, a saber, que es una obra importante pero que conviene matizar en muchas apreciaciones.

El trabajo de Chevalier apareció por primera vez en francés en 1977 y fue traducido al español (Ed. Labor) en 1979 y no en 1999 como se dice en este texto actual. En esta edición, del año 1999 (terminada de imprimir en 2000), es una actualización de aquella primera. Ahora continúa lo que fue un gran esfuerzo de ubicación y reflexión ante tantas cuestiones americanas, ayudado por obras y autores (y aún tesis no publicadas como F. X. Guerra, I. Saint Geurs, M. Demelas, D. Quatrocchi Woison, etc.).

Además, contiene una amplia bibliografía, muy útil. Pero –y sin llegar a “no son todos los que están, ni está todos los que son–, me permito –por la importancia de las exclusiones– señalar que, para entender problemas y situaciones y cuestiones de relevancia, no puede omitirse a autores argentinos como Furlong, Zorraquín Becú, Irazusta, Sierra, Barba, Segreti..., ni a V. Abecia Valdivieso (para Bolivia,) o R. E. Velázquez (para Paraguay) o a A. de la Puente Candamo o G. Lohman Villena (para Perú) o C. Pereyra (para México), ni españoles como Guillermo Céspedes del Castillo.

Pero, en fin, Chevalier tiene su posición que explica así: “en el siglo XIX y hasta en el XX, cierto tipo de historia llamada ‘política’ sólo se interesaba desde la antigüedad en hombres ilustres con autoridad y poder, en sus rivalidades y guerras, en el vaivén general de la vida pública internacional, nacional y local. Naturalmente esta visión de la historia parece superada desde que hay preocupación por las fuerzas ‘profundas’, por los movimientos de masas, los factores económicos, las mentalidades y sociabilidades ‘a largo plazo’ (especialmente en la escuela de Annales) donde antes sólo se veían grandes personajes, acontecimientos y plazos cortos.

“La política adquirió gran impulso con la modernidad. La única legitimidad reconocida desde el siglo XIX se halla en la actividad del ciudadano consciente, estrechamente vinculado a la opinión pública, a la ‘voluntad general’..., en una palabra, a la ‘soberanía del pueblo’.

Estas formas de lo político y de la política conducen al estudio de las élites.../.../

El enfoque socio-político que supera ampliamente a la antigua historia política encierra, además, la ventaja de que expone las rupturas, el largo plazo por el que Fernand Braudel siente predilección, subraya las estructuras, continuidades y permanencias existentes bajo las agitaciones de la superficie, pero no capta fácilmente mutaciones bruscas, tomas de conciencia y acontecimientos esenciales.

En el mundo hispanoamericano como la modernidad política se impone bajo la forma de conceptos abstractos que hacen tabla rasa del pasado y rompen con tradiciones o prácticas.

En todo caso, es un hecho que las dimensiones políticas y culturales de la historia ocupan un lugar privilegiado a lado del enfoque socioeconómico, antes dominante en la investigación científica moderna.../ (p. 496)

Con este amplio criterio, con esta concepción, enfrenta cuestiones como economía y crecimiento, las sociedades americanas, la cultura, la religión y finalmente las situaciones políticas, crisis revoluciones y sistemas políticos (esto, en las últimas cien páginas).

Aquí hay grandes aciertos junto a tratamiento de temas bastante conocidos. Da gran (excesiva) cabida a la historia política de México (país e historia que conoce muy bien y sobre el que produjo trabajos señeros). Pero, en cambio, toda la introducción a los Países Andinos está mal puesta. Después de tratar de Colombia y de Venezuela, pues lo que allí afirma se puede aplicar a todos en general y, en consecuencia, debió ocupar un lugar inicial, anterior, como explicación al panorama o consideraciones sobre el estado y la nación (todo esto sea dicho sin perjuicio de que Chevalier formula algunas observaciones ajustadas a la realidad).

Por ultimo; llama la atención que en la postrera y extensa sección a que aludí antes y donde hay información, conocimiento de la actualidad (hasta 1995) y planteos, interrogantes y problemas de todo tipo, el autor parece no conocer o no darle importancia a la intervención colonialista de Inglaterra (y de Francia) en la vida política de estos países en el siglo XIX y parte del XX y de lo que eso significó como traba a su desarrollo armónico en todos los órdenes. El imperialismo no es una entelequia.

En suma, un libro de historia interpretativa, un análisis socioeconómico, cultural y político hecho con altura y equilibrio, que muestra lagunas graves pero que avanza en una concepción global a nuestra común historia americana, siempre necesitada de enfoques superadores que sólo pueden surgir de grandes conocedores y estudiosos o de instituciones dotadas de todos los medios indispensables para el acertado tratamiento de este Nuevo Mundo.

Edberto Oscar Acevedo

